

41 LAS NUEVAS TECNICAS DE "REVOLUCION CULTURAL"

Por Rafael GAMBRA



Muchos recuerdan la época de la República en España. La propaganda irreligiosa fue intensa en aquellos cinco años, y la pornografía invadía sin recato, en su expresión más degradante, los kioscos de prensa y los escenarios y pantallas. La debilidad del poder, rana a temporadas en la anarquía, y su complicidad con los elementos revolucionarios hacían que esos factores de desmoralización del país resultaran muy visibles, como el incendio de un tejado.

Sin embargo, y a pesar de su escandalosa acritud, los efectos de aquella situación fueron más espectaculares que reales. La mayoría sana del país tenía conciencia de los hechos, reaccionó con energía, y, a los cinco años, miles de españoles lucharon fervorosamente por la fe de sus mayores y la salvación de la patria.

¿Por qué esa relativa inmunidad del país a la desbocada acción revolucionaria de los años 30?

A mi juicio, por causa del vigor que conservaban en España las dos instituciones fundamentales de su orden social: la familia y la Iglesia. En el seno de una familia con fe y cohesión interna, bajo su influencia y tutela, la mayoría de las almas se veían libres de esa influencia demoledora, que había de limitarse a casos aislados o a determinados sectores de la sociedad en los que incidían otros factores y la estructura familiar era más débil. Cada lector puede juzgar lo que él mismo debe al ambiente de su propia familia paterna en cuanto a su fe y a sus costumbres.

LA LLAMADA "CLASE MEDIA"

familiar de una sociedad que las famosas Leyes de Educación de inspiración socialista, "made in UNESCO", como la Ley Edgar Faure en Francia, o la Ley del "Libro Blanco" en España.

Estas leyes se dirigen —como se ha dicho oficialmente— a "cambiar la mentalidad del país", pero a través precisamente de la disolución efectiva de la sociedad familiar. La enseñanza general uniforme y obligatoria requiere —como se sabe— de concentraciones escolares, asimismo generales y obligatorias. El padre de familia que ve partir a su hijo de diez años en un "transporte escolar" para ser "educado" en otro pueblo a veces distante y en régimen de acuartelamiento de lunes a sábado, puede decir adiós al alma de este hijo, y también a la idea de continuidad familiar, a la prolongación de su trabajo, de sus tierras, de cuanto podría considerar "suyo". Si no puede evitar esto, ¿cómo evitará años más tarde unos cursos de "perfeccionamiento cultural o técnico" de su hijo, por ejemplo, en la Unión Soviética? Quizá lo estime alguien una exageración, y seguramente lo es *por el momento*. Pero sabido es que lo esencial está en aceptar el principio (en este caso, que la educación y "profesionalización" es asunto del Estado); lo demás vendrá luego: es cuestión de apretar en su día los tornillos.

EL RESENTIMIENTO AMBIENTAL.

Esta clase de leyes tiene, además, otro efecto sobre ese estrato común o "clase

y reivindicaciones— se encontrará en las puertas de la Universidad con el letrado de "no hay plaza" (*numerus clausus*), que ya ha empezado a colocarse.

Letrero, sin embargo, que antes o después casi todo joven habrá de encontrarse dentro de este sistema llamado de "igualdad de oportunidades". Porque, por la naturaleza de las cosas, el 95 por 100 de las funciones que los humanos hemos de desempeñar son modestas o subalternas, es decir, subordinadas a otras en la misma línea de actividad. Y cualquier ocupación digna puede ser aceptable —y aún amable— para el hombre si la ha asumido como "propia", sea por herencia de su ambiente, sea como fruto de su esfuerzo. Pero nadie puede resignarse (ni ver como propio) un trabajo que ha asumido por vía de fracaso o de retroceso, cosa que ocurre a casi todo ciudadano cuando se ha visto impulsado por el sistema a aspirar a los primeros puestos de la burocracia o de la tecnocracia a través de la condición impuesta de "estudiante".

Convertir a toda esa extensísima "clase media" —inmune hasta aquí a la subversión— en una población de fracasados y resentidos es el gran designio de la Revolución en Occidente. Esa inmensa masa de estudiantes, separada artificialmente del ambiente familiar y artificialmente lanzada a un callejón sin salida posible, es el modo de alcanzar la autodestrucción de nuestra civilización sustituyéndola por el gigantesco hormiguero estatalmente organizado que es el socialismo.

El modo también de convertir un país alegre y amable en un país hosco y resentido. No en balde en los "países desarrollados" se ven por todas partes pasquines invitando a sonreír —"sonría, por favor"—, para que no se ahuyente el turismo. Al paso que aquí todavía pueden verse en las tabernas de pueblo letreros de "prohibido el cante y el baile".

LA LLAMADA "CLASE MEDIA"

Esta especie de preservación familiar se extendía en España a un inmenso sector de su población que ha sido llamado genéricamente "clase media". La expresión no es demasiado afortunada: no se trata precisamente de una clase porque, ante todo, no existen en España hace mucho tiempo *clases* en el sentido estricto del término, ni además esa *clase media* posee ningún género de unidad interna, ni profesional ni ambiental. Tanto se considera de la "clase media" a un profesional de carrera como a un modesto empleado o, incluso, a un obrero especializado o, simplemente, de plantilla y bien colocado. La expresión "clase media" es más bien excluyente: excluye, de un lado, a sectores económicamente poderosos, sean grandes financieros, sean lo que queda de la antigua nobleza territorial. De otro, a sectores (cada vez más reducidos) de asalariados eventuales, sometidos a paros y trashumancias forzosas, o sin una forma conocida de arraigo a una dedicación o un empleo. También excluye a gente de "otra moral" y distinto modo de vivir, como —por un lado— muchos profesionales del teatro y similares, y —por otro— gitanos, mendigos de profesión, etc.

Esta amplísima condición de "clase media" (que hoy se califica despectivamente de "sociedad burguesa") constituía la población normal de nuestro país en los años treinta. Ella preservaba —como he dicho— a las nuevas generaciones de una influencia profunda por parte de la acción desmoralizadora y masificadora de la Revolución.

La transformación de una sociedad familiar y religiosa en una sociedad socialista y "de masas" requería atacar a los fundamentos familiares de esa gran "clase media" o sociedad básica del país. No otro ha sido el designio revolucionario en esta segunda mitad del siglo XX. Atacando los cimientos de un edificio se originan unas grietas, apenas perceptibles en sus comienzos, pero que son mucho más graves para el futuro del mismo que un espectacular fuego de techumbre fácilmente extinguido.

LAS LEYES "DE EDUCACION"

Y quizá ningún instrumento se ha revelado más eficaz para disolver el cimiento

Esta clase de leyes tiene, además, otro efecto sobre ese estrato común o "clase media" del país. Una característica de esa sociedad de base familiar era la conformidad con lo que se tenía y se era, cosas que se aceptaban y aun amaban como algo propio. Forma parte de esa llamada "clase media", como he dicho, tanto el profesional de carrera como el pequeño comerciante o agricultor, e, incluso, el obrero acomodado. Esa inserción en lo suyo —perfectamente compatible con el anhelo de superarse y mejorar— evitaba en gran medida la lucha social y el resentimiento, condiciones de toda revolución y puertas, al cabo, del socialismo.

Pero cuando todo hombre ha de ser hasta los catorce años "estudiante de plena dedicación", ajeno por principio al trabajo (y a menudo a la misma residencia) de sus padres, se ve artificialmente compelido a seguir siéndolo hasta concluir el bachillerato, a los 17 años. Este es el momento en que una gran mayoría de los jóvenes —ya irremediabilmente "estudiantes" y a pleno rendimiento de ambiciones, exigencias



* Publicado en EL PENSAMIENTO 14/4/31, 12-2-31